



## LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA BUENA VOLUNTAD\*

Carlos Molina Jiménez  
Dpto. de Filosofía,  
Universidad Nacional, Costa Rica

**L**a preocupación por lograr un nivel más pleno de transparencia en el manejo de los asuntos de importancia común, representa actualmente, en nuestro país (y en muchos otros, por supuesto), una cuestión que merece la mayor de las atenciones, dentro de los esfuerzos que han de realizarse para mejorar nuestros estándares de vida y aptitudes competitivas.

Hoy se sabe que la confianza y la credibilidad, en tanto factores efectivos de las relaciones sociales, contribuyen significativamente a incrementar el desempeño económico de las sociedades, su estabilidad política, así como a promover la calidad de vida de los habitantes.

Y se sabe, también, en contraste, que la generalización de las prácticas corruptas conduce a lo que Carlos Nino ha llamado la *anomía boba*. Es decir, cuando un gran número de individuos, en procura cada uno de su provecho particular, evade las normas reguladoras de la convivencia y la cooperación, se genera como resultado conjunto y no deseado de sus acciones la desarticulación y distorsión de los procesos sociales.

Por eso, a cada uno de ellos le resulta, en adelante, cada vez más difícil vivir y satisfacer sus intereses en ese medio que entre todos, sin pretenderlo, han malogrado. Pues la arbitrariedad y la imprevisibilidad de las conductas llegan a ser la pauta preponderante; los costos adicionales que supone cualquier trámite tienden incesantemente a crecer, lo mismo que la incertidumbre acerca

\* Ponencia presentada en el Foro *Transparencia democrática y corrupción política*, organizado por la Fundación Konrad Adenauer y celebrado el 12 de abril de 1999, en el Hotel Occidental La Condesa, San Rafael de Heredia, Costa Rica.



de los resultados; y las precauciones que se han de adoptar para desenvolverse en un ambiente tan escabroso, terminan por ser abrumadoras.

En definitiva, la situación ha empeorado para todos y, a consecuencia de ello, la sociedad como tal ha visto mermada en gran medida la capacidad para resolver sus problemas y responder a sus retos; por lo que las perspectivas de futuro tampoco resultan alentadoras.

¿Qué enseñanza podemos derivar del cuadro bosquejado? Ante todo, que hemos de aprender a percibir el nivel de moralidad existente en el conjunto social bajo una nueva luz. Con frecuencia, la moral ha sido concebida como un asunto primordialmente privado, referente a la búsqueda de la salvación extraterrena, el perfeccionamiento personal o la represión de la sexualidad. Pero ella es en realidad un aspecto decisivo de las relaciones sociales. Sin su concurso, la convivencia y la cooperación no serían posibles. ¿Cabría coordinar actividades o desarrollar planes compartidos si no hubiese información fiable, si nadie respetara la palabra empeñada, si el atropello y la agresión fuesen lo usual, si la arbitrariedad prevaleciera siempre en los contactos humanos?

En tales circunstancias lo razonable sería replegarse sobre sí mismo, reducir en lo posible las interacciones, redoblar las cautelas, encerrarse en espacios seguros. Recordemos que, como lo demuestran los grandes genocidios de la Historia, el ser humano es la criatura más temible para el otro ser humano, a menos que el cultivo de valores apropiados y la interiorización de normas socializadoras, vengán a reforzar la parte más noble de nuestra condición.

Pero la cuestión no acaba aquí. El grado promedio de moralidad alcanzado por un conglomerado humano constituye una dimensión esencial de la aptitud de ese grupo para afrontar los desafíos planteados por el curso de su desarrollo histórico. Hay evidencia empírica en el siguiente sentido: las sociedades que presentan grados más altos de apego a la normativa moral, pueden sumar con mayor facilidad sus fuerzas y capacidades para emprender tareas complejas y de largo plazo, porque existe más credibilidad mutua y confianza recíproca entre sus miembros. Por las mismas razones, estas sociedades también suelen contar con mayores reservas interiores para perseverar durante las épocas de adversidad.

Si vemos la moral en los términos antedichos, no cabe conceptualizarla meramente como un asunto privado, que concierne tan sólo a los particulares. Adquiere, por el contrario, relevancia pública, en cuanto representa la fibra que confiere fortaleza e integridad a los vínculos sociales.

¿Adónde lleva esta comprobación? Empecemos por descartar ciertas opciones. No es posible moralizar por decreto, ni puede recabarse nada sólido en esta materia a base de imposiciones; ya que se trata de resultados a obtener en el

fuero interno, los cuales sólo pueden ser alcanzados, de manera autónoma, por cada sujeto. Pero aun así resulta factible adoptar, en el plano de las políticas macrosociales, ciertas previsiones que favorezcan ese proceso y hagan, en consecuencia, más probable el logro de un buen nivel colectivo de moralidad. Ésta es la temática que pretendo desarrollar a continuación. Pero antes conviene efectuar algunas reflexiones.

Visto en términos ideales, el mejor remedio contra la corrupción, la mayor garantía de transparencia radica en la moralidad. Para un sujeto con convicciones morales absolutamente sólidas y por completo arraigadas, incurrir en corrupción resultaría imposible.

Si este objetivo fuera viable, bastaría con su obtención. No haría falta elemento adicional alguno: ningún refuerzo o complemento. La resistencia interna del agente a corromperse devendría en este caso, por sí sola, la solución infalible, el seguro total.

Pero, ¿podría determinarse con alguna exactitud ese grado de moralidad que imposibilitaría del todo la corrupción?, ¿sería posible contrarrestar el poder persuasivo de todas las fuentes imaginables de tentaciones? ¿Cabe asegurar que todos, y en *cualquier* ocasión, mostrarían el estado de firmeza moral requerido para no doblegarse?

Si examinamos con cuidado estos interrogantes veremos que, desafortunadamente, en los tres casos la respuesta ha de ser negativa. Ello pone de manifiesto que la mejor solución concebible no resulta efectivamente practicable, en razón de las complejidades e insuficiencias de la conducta y el conocimiento humanos.

Sin embargo, tales constataciones no invalidan por entero la opción considerada; únicamente, por decirlo así, su expresión más plena. Puede, por tanto, recuperarse la idea pero en un plano de mayor modestia y relatividad. Porque, pese a todas las objeciones enunciadas, sigue siendo cierto que cuanto más fuertes sean las convicciones morales del sujeto y cuanto más extendido se encuentre este compromiso entre la gente, tanto mayor será el rechazo que las personas opongan a la corrupción.

Debe tenerse en cuenta, además, que, en el terreno en que nos movemos, el elemento moral aparece como insustituible e insuprimible; de modo que ninguna fórmula puramente exterior será suficiente. Pues sin una dosis, aunque sea mínima, de buena voluntad no existe regulación o procedimiento que no pueda ser distorsionado, ni barrera que no quepa abatir o rebasar. Todo límite que una mente humana levanta, otra mente humana puede desmontarlo o trivializarlo, a menos que falte, por convencimiento propio, la voluntad de hacerlo.



¿Cómo entonces, tratar desde una perspectiva macrosocial esta dimensión tan personal de la problemática de la transparencia? ¿De qué modo puede propiciarse institucionalmente el compromiso subjetivo con las reglas morales? ¿En cuáles condiciones podría elevarse el nivel de moralidad promedio en una sociedad? ¿Qué resortes pulsar para conducir a tal resultado?

Sin duda estas consideraciones serían ociosas si todos fuéramos héroes morales al estilo de Buda, Sócrates, Jesucristo, Gandhi o el Dr. Schweitzer. Las acciones de estos personajes se hallan totalmente motivadas por su visión del bien integral, al punto de que ellos no reparan en los costos personales de sus actos. El ejemplo y testimonio que ofrecen son necesarios para transmitir a los demás el reflejo, por lo menos, del excepcional impulso ético que los abrasa; pero el tipo de respuesta que representan no es generalizable porque requiere un temple espiritual extraordinario.

Incluso, si todos fuésemos como ellos, los problemas que aquí nos ocupan no existirían. ¿Qué sentido podría tener el hablar siquiera de transparencia o corrupción en un mundo de santos?, ¿para qué pensar en mampuestos o refuerzos de la moralidad en semejante caso?

Nuestro planteo supone una sociedad habitada, ante todo, por seres humanos comunes y corrientes, en la cual determinada disposición de los estímulos y disuasivos, ciertos aprendizajes y hábitos pueden hacer la diferencia entre el predominio del bien o el prevalecimiento del mal. Es decir, se busca crear las condiciones para las que, dentro de la gran masa de actos y decisiones que tienen lugar cotidianamente, operados por sujetos ordinarios, tengan mayor probabilidad de ocurrir aquellos que promueven la convivencia y la cooperación, bienestar y el desarrollo individuales, así como la relación armoniosa con la naturaleza.

Esbozemos algunas de las condiciones mencionadas. Estas no contienen recetas puntuales, sino matrices de solución. Matrices que destacan determinado ámbito problemático y delinear a su respecto un derrotero general de acción, del cual pueden derivarse ciertas dificultades específicas, abordables mediante políticas concretas.

Veamos:

**I) La formación, sobre todo en el ámbito familiar, de virtudes que procuren al individuo fortaleza espiritual y autodominio.** Una persona así provista tendría más posibilidades de resistir a los influjos perniciosos del medio, como también de imponerse a las circunstancias y sacar partido de ellas. Además, la conciencia de su propia dignidad y valor, desarrollada en el ejercicio de las virtudes señaladas, serviría de eficaz antídoto contra la corrupción y otras

conductas abyectas. Y no sólo eso: el autorrespeto así cultivado haría posible el respeto hacia el otro; pues únicamente quien se estima a sí mismo puede mostrar verdadera deferencia hacia los demás.

*¿Qué políticas cabría seguir para fomentar y mejorar el rol educativo de la familia en Costa Rica?, ¿no es cierto que dicha función se halla actualmente en franca decadencia?, ¿qué capacitación reciben las personas para ejercer su rol de padres?, ¿cuáles instituciones podrían coadyuvar a un mejor desempeño de la tarea formativa familiar?, ¿qué hacer cuando la familia no cumple con este cometido o se disuelve sin haberlo completado?*

**II) La educación ética y cívica.** Emprendida desde la primer infancia, ha de continuarse a través de todas las etapas de la enseñanza formal y aún más allá. Esta educación debe tender a formar individuos autónomos; esto es, sujetos que siguen por voluntad propia a aquellas normas que son en sí mismas razonables, porque son capaces de entender el papel que ellas juegan en la posibilitación y el mejoramiento de la vida social. Cabe esperar que esta comprensión de las razones de ser de las normas morales lleve gradualmente, en el plano de la opinión pública, a un enjuiciamiento más severo y terminante de las prácticas corruptas. Ocurriría así en la medida en que resultase evidente que tales actuaciones atentan contra el bienestar y las posibilidades de todos.

Supuesto lo precedente, la conciencia anticipada de que el corrupto ha de sufrir semejante repulsa colectiva obraría como eficaz motivación contra frente a los estímulos que alientan las conductas conculcadoras.

En el caso de la educación cívica, una de sus tareas más urgentes consiste en introducir en la mentalidad nacional el concepto de que la propiedad pública es posesión común de todos los costarricenses y que, por tanto, su cuidado corresponde a toda la comunidad.

*¿Será mucho pedir que este concepto, ampliamente operativo en otros pueblos, llegue a volverse eficiente entre nosotros?, ¿se podrá superar algún día en nuestro país la actitud complaciente y permisiva que suele asumirse frente a los actos corruptos que afectan los intereses públicos?, ¿será verdad que en Costa Rica la formación ética y cívica se encuentra ahora totalmente postergada dentro de la enseñanza formal, mientras que en otras épocas constituía el núcleo mismo del proceso educativo?*

**III) Un fuerte sentido de identidad social y pertenencia.** Tanto respecto de nuestra sociedad particular como del género humano. El excluido se siente



abandonado a sus propios recursos y liberado de compromisos con los demás. Sucede así, no importa si se desprende *por encima* o *por debajo*. Es decir, tanto si es un marginado o un prepotente. En ambos casos, la ruptura con el mundo de los demás, hace a la persona especialmente propensa a contravenir las reglas morales. En cambio, el sentimiento de formar parte de un orden más amplio, de aportar a una labor común, de compartir una misma identidad con otros seres humanos, suele crear corrientes mutuas de simpatía entre los participantes, así como vínculos de obligación y lealtad recíprocas; todo lo cual robustece la moral del grupo considerado.

Por eso, se ha de tener particular cautela a la hora de diseñar respuestas para afrontar los problemas del país. Siempre que sea factible, deben obviarse las fórmulas excluyentes, que sólo hacen posible el provecho de unos a base del fracaso de otros. Un mundo de perdedores y ganadores así configurado constituye una bomba de tiempo, un lugar emponzoñado por los rencores y el miedo. El tipo de solución que ha de perseguirse es aquella donde ganan todos gracias a una mayor productividad social, fruto del cultivo de las aptitudes individuales.

Costa Rica ha sido tradicionalmente una sociedad bastante integrada y aún lo sigue siendo. Pero, ¿no se han dado en las últimas décadas ciertos procesos que amplifican las distancias sociales y provocan la exclusión de numerosos costarricenses? Sí es así, ¿qué efectos podría suscitar la profundización de estas tendencias?, ¿cuáles serían sus secuelas sobre el grado de moralidad prevalente en el país?, ¿somos conscientes de lo que significaría vivir en una sociedad de enemigos mutuos, forzados a cohabitar los mismos espacios y a participar de las mismas actividades?

**IV) El mantenimiento de la esperanza.** Supone una sociedad viable con un proyecto colectivo confirmado por el curso de los acontecimientos; con su horizonte de futuro sólidamente asentado sobre logros efectivos; y con un dinamismo socioeconómico que genera oportunidades honestas de mejoramiento y ascenso social. Cuanto más se cumplan estas especificaciones, mayor será la posibilidad de que las personas permanezcan fieles a las normas morales, ya que les resulta posible satisfacer sus expectativas dentro de los espacios así reglamentados.

Pero si el futuro presenta una fisonomía muy incierta, la sociedad se encuentra varada en un callejón sin salida y se está obligado a escoger entre la miseria y la fechoría, la desesperación se apodera de los seres humanos. Como cabe aguardar poco en tales circunstancias de una colaboración benigna y regulada, la gente empieza a confiar sobre todo en su capacidad de hacerse

temer, engañar a los demás o medrar al amparo de quienes ostentan poderosos medios de imposición.

*¿Somos una tierra de esperanza?, ¿ofrece el país a sus habitantes, en particular a las nuevas generaciones, la oportunidad de incorporarse convenientemente al trabajo y el bienestar?, ¿existe aún movilidad social ascendente?, ¿mejora la situación de los menos favorecidos?, ¿actúan mecanismos de equidad que optimicen desde la perspectiva social los resultados del progreso económico?*

**V) El combate de la impunidad.** Allí donde la transgresión de las normas morales significa una ganancia neta para los infractores, los incentivos sociales obrarán a favor de la inmoralidad. No habría entonces por qué sorprenderse si la voluntad de cumplir con esas normas fuese languideciendo en porciones crecientes de la población.

Éste es el mayor problema que acarrea consigo la impunidad: al permitir que quienes quebrantan las reglas de la convivencia se salgan con la suya y aventajen a los demás, ella convierte, *de facto*, a la actuación contraventora en modelo a seguir. Dicho de otro modo: más allá de su singular materialidad, cada acto impune exitoso consiste, de suyo, en un llamado elocuente, persuasivo a ser reproducido o imitado.

Pero este efecto cobra mayor agudeza cuando los beneficiarios de la impunidad son personajes sobresalientes, especialmente visibles. En tal caso, el influjo desmoralizante es todavía más demoledor: no sólo alcanza a una inmensa cantidad de personas sino que provoca también la sospecha de que la moral resulta obligatoria únicamente para quienes, por hallarse en una posición subordinada, no pueden escapar a su rigor. Esto socava las convicciones básicas que sustentan el compromiso de las personas con la moralidad. Despierta la idea de que mantener ese compromiso es cosa de tontos o de subyugados mentales.

*¿Son realmente efectivas las sanciones que se aplican en Costa Rica contra los que infringen las normas morales en perjuicio del público? ¿Hasta dónde llega, socialmente hablando, la tutela jurídica de las normas básicas de la convivencia? ¿Hay quienes logran situarse por encima de su alcance? ¿Existen mecanismos eficaces para implementar la exigencia de responsabilidades y la rendición de cuentas? ¿Opera una censura social de la corrupción que realmente resulte temible?, o ¿se asiste usualmente, por el contrario, al espectáculo del transgresor impune que goza tranquilamente del fruto de sus iniquidades?*



**VI) Medida en el lanzamiento de imputaciones de corrupción.** La prensa, los políticos, los sindicalistas deben asumir la responsabilidad de no crear la imagen generalizada de que la corrupción se ha apoderado por completo del país. La denuncia escandalizante, la noticia alarmista han de ser balanceadas con la presentación pública de la integridad, con la difusión de los frutos del trabajo honrado y la vida buena.

Es preciso que el sistema de alertas que nos defiende de la corrupción no acabe produciendo el efecto contrario, es decir, alentando el cinismo y la desmoralización. Si se extiende la creencia de que las prácticas corruptas constituyen el modo normal de operar la sociedad, si numerosas personas llegan a pensar que el éxito sólo es asequible a quienes incurren en dichas prácticas, quizás es porque la censura del mal se ha transformado, involuntariamente, en propaganda.

En efecto, cuando se impone la idea de que la corrupción domina el curso de los acontecimientos y modela la lógica básica de las interacciones humanas, no tiene sentido luchar contra ella. En tal caso sólo caben dos opciones, ambas derrotistas: apartarse para no resultar manchado o sumarse, sin contemplaciones, a la conspiración. Ya que de nada vale rebelarse contra lo inevitable.

El político, el periodista, el dirigente laboral se deben percatar de este peligro. Han de cuidarse de no alimentar semejante interpretación que suprime, en definitiva, la voluntad de resistir; esto es, derriba el bastión último de toda posibilidad de oposición al flagelo. Sería irónico que la rabia y el rechazo suscitados por los actos corruptos, terminasen allanando el camino para el mejor reinado de esta calamidad.

*¿Cuántos en Costa Rica habrán aceptado que la corrupción constituye el elemento rector de la vida social y que lo único importante es aprender a sacar partido de ella? ¿Cuántos se hallarán convencidos de que todo el que está bien es sinvergüenza y que es por eso que está bien? ¿Cuántos encontrarán en tales certezas el justificativo, la excusa o el refuerzo para dar rienda suelta a su propia tendencia a corromperse? ¿Cuántos se abstendrán de hacerlo si no existiesen esas coartadas? ¿Qué tanto habremos avanzado en aquella escalada, descrita por Ottón Solís, en la que la indignación (inútil) cede su lugar a la resignación (impotente) y ésta, por último, a la imitación (astuta), en una proliferación cancerosa de los actos corruptos? ¿Qué papel juega la insistencia descompensada en los hechos escandalosos en la gestación de esa lamentable trayectoria?*

## CIENCIAS SOCIALES Y FILOSOFÍA DIALÉCTICA

Arnoldo Mora Rodríguez

Los acontecimientos vertiginosos e imprevisibles que han cambiado radicalmente la escena política mundial, a partir de la caída del Muro de Berlín y el subsiguiente fin de los regímenes políticos del Este de Europa, han provocado igualmente una crisis en algunas tendencias de las ciencias sociales tan florecientes hasta ahora en América Latina. En razón de lo anterior, en algunos sectores se habla de crisis de "paradigma", de "crisis epistemológica", de "crisis de la teoría social", de cambio radical de sus "categorías y marco conceptual" o, simplemente, de su colapso. No participamos de este pesimismo, pues seguimos creyendo en la función necesaria y valiosa que el pensamiento social propio, es decir, forjado a partir de nuestros reales condicionamientos histórico-culturales y políticos, debe seguir cumpliendo como insustituible aporte a la plena liberación de nuestros pueblos. Mas aún, no creemos que el rico y fecundo pensamiento social de nuestra región deba cambiar sustancialmente, aunque sí juzgamos oportuno que se revisen buena parte de sus presupuestos filosóficos con el fin de discernir el trigo de la paja y hacer que la "crisis", lejos de constituir un colapso, represente, por el contrario, un nuevo impulso que lleve al pensamiento político y social en general y latinoamericano en particular, a más altas y beneficiosas cumbres en un futuro no lejano.

Comencemos por preguntarnos por qué introducir una reflexión de naturaleza filosófica en este debate que concierne en lo sustancial a las ciencias sociales. Se podrían dar a esta cuestión varias respuestas. Se puede comenzar por invocar la tradición de nuestra cultura universitaria, que siempre ha considerado como un empobrecimiento deshumanizante y reduccionista el